

La «Biblia del Peregrino», operación cultural

Luis Alonso Schökel *

ESTE verano ha hecho su aparición en el mercado editorial una nueva traducción española de la Biblia, firmada por Luis Alonso Schökel y un equipo de colaboradores. Esta *Biblia del Peregrino* ofrece algunas características dignas de mención. A ella se han incorporado más de dos mil enmiendas sobre la traducción de la *Nueva Biblia Española* (1975) y otras mejoras de interpretación textual y de estilo castellano.

Los comentarios se reparten en tres apartados: Introducciones y títulos, paralelos y vocabularios.

En cuanto a las numerosas notas, se presentan dos tipos diferentes: Notas temáticas (análisis de conceptos importantes, por orden alfabético) y Notas exegéticas. Estas últimas, en un tomo aparte de 348 páginas. Las temáticas, antepuestas a la traducción, que ocupa 449 páginas de texto.

* Profesor de Teología bíblica en el Instituto Bíblico de Roma.

Ante este nuevo esfuerzo por acercar al lector hispano el mensaje bíblico, nuestra revista ha considerado útil ofrecer la siguiente entrevista al padre Alonso Schökel sobre la *Biblia del Peregrino*.

P.: *Usted dice que la nueva traducción de la Biblia es una operación cultural. ¿Qué significa eso?*

R.: Dicho con toda concisión, que la Biblia es parte de nuestra cultura y que hacerla accesible en el mejor lenguaje y estilo de nuestra época es una aportación cultural.

P.: *Habrà que añadir un adjetivo restrictivo: cultura religiosa.*

R.: No nos basta una distinción tan simple. Un pensamiento grande, una fe intensa pueden poner en marcha o dinamizar una cultura. Recordemos la línea que va de los presocráticos a Platón y Aristóteles. La fe religiosa del pueblo hebreo provocó y propulsó una cultura plural: religiosa, sí; pero también ética y literaria y de lenguaje. La fe hacía presión desde dentro sobre la lengua hebrea para expresarse de modo válido, digno, bello. Así se fue haciendo la Biblia: producto, testimonio y portador de cultura.

P.: *Ahora la restricción parece trasladarse al pueblo hebreo.*

R.: Sí, pero sin encerrarse allí. Como los griegos citados y otros no citados son padres intelectuales de Occidente, también la Biblia ha sido generadora de cultura, no sólo religiosa, en Occidente.

P.: *No sin resistencias y dificultades.*

R.: En efecto, la fe cristiana, poderosa, incandescente, quiere dilatarse e imponerse en un medio adverso. Al principio recela de la cultura griega —como indica el comienzo de la primera carta de Pablo a los corintios—. La resistencia inicial se transforma en comunicación. Y se llega al gran abrazo de la cultura bíblica, Antiguo y Nuevo Testamento, con la cultura griega. El abrazo es fecundo, engendra primero la patrística, luego, a lo largo de siglos, múltiples formas culturales, teológicas, literarias y artísticas.

P.: *Me temo que caminamos a excesiva velocidad, que los procesos son más complejos y requieren mayor explicación.*

R.: Es verdad y se ha hecho en obras extensas, p.e. la *Cambridge History of the Bible*. Pero no puede ser el tema de nuestra conversación.

P.: *Entonces habrá que suplirlo con una visión global convincente.*

R.: Está bien. Imaginemos un Occidente de ficción, en el cual no existe la Biblia. De repente los ciudadanos quedan desconcertados.

No entienden la arquitectura de sus iglesias en medio de sus ciudades y pueblos, no entienden la mitad de la pintura y escultura, de la música, de obras literarias enteras y de innumerables referencias y alusiones. La cultura en que viven y de la que se alimentan es un enigma o un sin-sentido.

P.: *Parece que está usted hablando del pasado, de un patrimonio cultural innegable, no de productos actuales. La modernidad comenzó a desprenderse de ese influjo fecundo, buscó y encontró otros; la posmodernidad —si existe— consuma la separación. Están actuando los «extintores de tradiciones».*

R.: ¿Y es benéfica esa separación? Northrop Frye llama a la Biblia el Gran Código, porque encierra los grandes temas, arquetipos y símbolos, que no se agotan en cada generación. Tendría que iniciar aquí una enumeración, que sería entusiasta y me empujaría a ampliificaciones.

P.: *Pues aborrémonos ampliificaciones, porque teníamos que hablar, no de la Biblia, sino de una traducción.*

R.: Es la mediación indispensable. En el enigma todavía sin resolver de la multiplicidad de las lenguas humanas, la traducción es un medio esencial de comunicación. Por eso las enciclopedias bíblicas amplias dedican un apartado copioso al artículo Traducciones. Las tres griegas, las latinas, las vernáculos. Por la Biblia nos movemos de Babel a Pentecostés.

P.: *Propongo que vengamos a España.*

R.: Lo haré, pero con los ojos abiertos a un par de casos extranjeros ejemplares. En España empezamos por la de Alfonso el Sabio, incorporada a la General Estoria. Hay otras medievales completas o parciales, entre ellas la de Bonifacio Ferrer «trelladada a llengua valenciana», la del rabino Arragel; más tarde la judía de Ferrara, la protestante de Casiodoro de Reina. Sigue una pausa secular, y se recomienza a fines del XVII con Scio Sanmiguel, Torres Amat-Petisco. Y de un salto hasta nuestro siglo, con Nácar Colunga abriendo la nueva etapa.

P.: *¿No menciona la Complutense?*

R.: Aquella fue una obra genial, pero no traducción vernáculo.

P.: *Entonces pasemos a las extranjeras prometidas, si es que vienen a cuento.*

R.: Me sirven para mostrar por analogía la aportación cultural que puede ser una traducción de la Biblia. Lutero abre las compuertas de su magna obra y brota y fluye la nueva lengua alemana unificada, en la que escribirán sus grandes literatos. Algo equivalente hace en Inglaterra la «Autorizada» o del King James. (También la de Alfonso el Sabio contribuyó al perfeccionamiento de nuestra lengua).

P.: *Me temo que ninguna de las españolas de este siglo tenga el mismo influjo en nuestra lengua.*

R.: Lo que pretendo con esos ejemplos es ilustrar una simetría de oposición o de espejo. Lutero tradujo la Biblia y de ella brotaron lengua y literatura alemana. Yo encauzo lengua y literatura españolas de modo que confluyan en nuestra traducción de la Biblia. Será lo contrario, pero es también operación cultural.

P.: *¿Fue consciente Lutero de su hazaña inmortal?*

R.: Lutero quiso hacer una buena traducción de los textos originales, en un alemán unificado y ejemplar, que permitiese la difusión de La Biblia (su famosa carta sobre el tema es de 1530). Lo nuestro no es hazaña secular; pero puedo garantizar que se ha realizado con plena conciencia lingüística y estilística. Como lo puede pedir y permitir nuestra época.

P.: *¿Quiere decir que nuestra época está en mejores condiciones que la de Lutero, que el siglo de oro español?*

R.: En conocimiento de las lenguas originales, sin duda. En riqueza y flexibilidad de lengua y estilo también. Muchas generaciones de grandes escritores nos han preparado el instrumento: el traductor de la Biblia debe conocerlo y manejarlo conscientemente.

P.: *¿Insinúa usted que no todos los traductores de la Biblia operan con esa conciencia?*

R.: No pretendo aquí juzgar a otros, sino exponer nuestra actividad. Para la parte lingüística puedo citar el Diccionario Bíblico Hebreo Español (DBHE) publicado los años 1990-1992, elaborado desde 1976. Para la parte estilística cito el libro escrito en colaboración con Eduardo Zurro, cuyo título aclara la cuestión: *La traducción bíblica, lingüística y estilística*.

P.: *Me parece que da usted mucha importancia al factor estilo.*

R.: Estoy convencido de ello. Esa convicción ha guiado mi actividad y se ha robustecido con sus resultados. Me atrevo a recordar que uno de mis primeros libros fue *La formación del estilo* (1947 y cinco ediciones). Apurando contrastes diría que el literato no escribe con lengua, sino con estilo.

P.: *¿Se puede hablar de un estilo bíblico?*

R.: No; sino de muchos. Estilo narrativo simple de Samuel y Reyes, asiánico del segundo libro de los Macabeos; de poesía amorosa, de refranes y sentencias, oratorio, legal, épico y lírico, objetivo y de ficción. Diversos son los estilos de Isaías Primero y Segundo, de Jeremías, de Ezequiel...

P.: Volviendo al tema pendiente, observo otra diferencia importante: que la versión de Lutero fue única, la de usted aparece en compañía, quizá en competencia con otras.

R.: El que no esté sola me parece mérito y ventaja de nuestra época. Por citar las más difundidas en España, *Biblia de Jerusalén*, de la Casa de la Biblia, *Nueva Biblia Española*. A las que se pueden añadir las correspondientes en catalán, euskera, gallego (y mallorquín, en curso).

P.: ¿Piensa que eran necesarias las nuevas versiones? ¿No bastaban las existentes, no tan remotas en el tiempo?

R.: Los autores las juzgaron convenientes. La de Jerusalén está muy afirmada y sigue su curso; por lo que me dicen los que la usan, lo que más estiman de ella son las introducciones y notas. La Casa de la Biblia tenía una (1967), por cierto, con una traducción bien apreciable. Veinticinco años es tiempo suficiente para renovar la versión; y no se han contentado con retoques, sino que han hecho una revisión a fondo, en equipo, con notas. Se puede considerar nueva. La traducción de la NBE se comenzó a publicar en 1967, se publicó completa en 1975. No han pasado veinte años; pero yo he seguido enseñando y estudiando intensivamente, de suerte que las enmiendas y mejoras a la traducción del AT se fueron acumulando sin encontrar salida editorial. Hubo que buscar una solución viable: es la *Biblia del Peregrino*.

P.: Tengo entendido que el NT está muy cambiado.

R.: En rigor es una nueva traducción del texto griego, con ayuda del *Analysis* de Zerwick y otros auxilios exegéticos. Lo que pasa es que en el NT muchas traducciones coinciden sin previo acuerdo, el texto litúrgico se pega y deja residuos; además yo había colaborado en la versión precedente.

P.: Y ha querido mejorarla...

R.: No he aspirado a tanto. Sí es diversa la mía en algunos puntos más criticados. Siento no tener espacio aquí para citar y comentar aciertos de la traducción de Mateos: por su conocimiento extraordinario del griego, por la precisión de muchos términos y por el sabor castellano de la frase.

P.: En otra ocasión lo hará. Ahora he oído que la nueva traducción ha tropezado con dificultades por parte de la autoridad eclesiástica. Alguien hablaba de polémica entre bastidores. ¿Volvemos a los tiempos de oposición a la difusión de la Biblia en lengua vernácula?

R.: Ni por pienso. Valdés está presente en estatua en Oviedo (como fundador de la universidad), pero ya no actúa. Si polémica significa guerra, tampoco hubo rotura de hostilidades.

P.: *Pero algo hubo, como indica el retraso de la publicación anunciada.*

R.: Algo que me atrevo a llamar tensión, tirantez. En el juego de la sog a dos grupos tiran en dirección contraria: la sog a se pone tensa, no se rompe, los músculos aguantan; hasta que una parte tiene que ceder. Después lo celebran juntos.

P.: *Entonces habla de direcciones opuestas.*

R.: En la comparación deportiva, sí; en la aplicación, menos, y el desenlace probó que las posiciones eran complementarias. Se oponían dos puntos de vista. Mi afán era introducir al lector, unitariamente, en el mundo de conceptos y símbolos de la Biblia, de modo que esa luz iluminase textos múltiples. La preocupación de los obispos responsables era el desconcierto y desorientación del lector medio o sencillo ante determinados pasajes de la Biblia.

P.: *Y las posiciones, como en el juego de la sog a, tenían sus puntos de apoyo.*

R.: Yo me apoyaba en el precedente de NBE, que habíamos enriquecido con paralelos y ampliando los dos vocabularios teológicos; también en mi experiencia de profesor de Teología bíblica y de conferenciante ante públicos diversos. Los obispos alegaban la exigencia del derecho canónico, «notas necesarias y suficientes» (canon 280), y podían haber alegado el ejemplo de la Conferencia Episcopal Italiana y de la alemana, y también la acreditada *Traduction Oecuménique de la Bible*.

P.: *Al final la tensión se resolvió.*

R.: Ciertó; por el camino de la obediencia, que es un modo honroso y eficaz de resolver tensiones.

P.: *Pasemos a otro capítulo: el resultado y el título.*

R.: Un momento. Antes de pasar adelante, quiero aprovechar la ocasión para una sencilla propuesta. Una vez superada la tensión, espero que mi propuesta suene amistosa y constructiva. Propongo que la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe redacte una lista de pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento que a su juicio exigen nota aclaratoria: «El Padre es mayor que yo», fe y obras en Santiago, etc. A la lista se podrían añadir indicaciones sobre el tipo de aclaración deseada. Esta lista, a disposición de quien la deseara consultar, ahorraría dilaciones, disgustos y gastos, a la vez que orientaría eficazmente el trabajo de traductores y editores.

P.: *Dejando constancia de la propuesta, pasemos a los resultados del acuerdo.*

R.: El resultado es que ahora ofrecemos en nuestra *Biblia del Peregrino* lo siguiente: La traducción renovada, paralelos abundantes, muchos cru-

zados entre AT y NT, dos vocabularios teológicos, AT y NT, con más de 300 entradas cada uno, más de 300 páginas de notas exegéticas, con preferencia por aspectos teológicos. Creo que en este momento ninguna otra Biblia ofrece tantas cosas.

P.: *Multiplicando tamaño y costo.*

R.: El costo absoluto, sí, el relativo quizá no. Me parece lógico que un libro de 2.500 páginas cueste más que uno de 2.100. Por lo visto, también el comercio con sus reglas es un componente cultural no desdeñable. Además ha sido un principio indiscuso imprimir el texto en cuerpo 10, cómodamente legible. El tamaño es relativamente reducido, al menos en formato.

P.: *Nos queda el último punto: el nombre enigmático o intrigante. ¿Por qué «Biblia del Peregrino»?*

R.: La primera razón es que también la peregrinación es un hecho cultural: Jerusalén, Roma, Santiago, e innumerables viajes menores. El volumen de peregrinos que se mueven en Europa, durante varios siglos, es impresionante. El fenómeno continúa hoy en formas diversas, conservando el esquema tradicional. Y ese esquema es símbolo de otra peregrinación trascendente: el camino del creyente, del hombre hacia Dios, hacia la casa del Padre.

Lo cultural es consecuencia de lo trascendente y se vuelve su portador. La Biblia es un libro de peregrinos hacia el *finis terrae* y más allá.